

## Prólogo

El cuerpo de Margarita aún estaba tibio cuando empezaron a cavar su tumba. Ni siquiera la muerte había sido capaz de disimular una belleza que resultaba más abrumadora que nunca bajo la luz del amanecer. Aunque poco importaba a esas alturas.

Los dos hombres ponían el mismo empeño en no dirigir sus miradas hacia ella como en hundir la pala que se iban turnando cuando necesitaban recuperar el resuello. La esquivaban a conciencia. Ninguno había pronunciado una sola palabra desde que cargaron hasta el patio aquel cuerpo inmóvil. Sabían que, de haberlo intentado, se hubieran roto definitivamente. Y en modo alguno podían permitirselo.

El esfuerzo les obligó a arremangarse las camisas por encima del codo. No obstante, no detuvieron su labor. Se movían con prisa, ansiosos por terminar cuanto antes, sumergidos en una neblina que desdibujaba los contornos y erizaba la piel.

—Yo creo que ya es suficiente —dijo uno de ellos a media voz.

El otro, incapaz de encontrar las palabras necesarias para contestar, debió contentarse con asentir con la ca-

beza mientras se pasaba el antebrazo por la frente húmeda.

—Vamos, lo mejor será que terminemos cuanto antes.

Un nuevo asentimiento como única respuesta precedió al instante en que se aproximaron al cuerpo desmañado que les aguardaba tendido en el suelo. Si uno no se fijaba en la sangre que teñía sus ropas, casi podía parecer que Margarita estuviera dormida. Incluso muerta era tan hermosa que dolía.

Un desgarrado sollozo quebró el silencio del patio en el que los hombres se sabían a resguardo de miradas indiscretas. El que parecía más entero se acercó para pasarle a su compañero la mano por el hombro en un vano intento de ofrecer consuelo.

—No tenemos por qué hacerlo, si quieres podemos decir lo que ha pasado y tal vez...

—¡No! —le cortó el que no había hablado hasta entonces—. Te he dicho que lo haríamos y lo vamos a hacer.

—Bien —asintió el otro y dejó resbalar los dedos para darle una leve palmada entre los omóplatos—. Sujeta tú los tobillos, yo cogeré los brazos.

El cadáver de Margarita les pareció demasiado liviano. Casi se diría que, al desprenderse el alma, hubiera quedado una cáscara vacía, hueca de todo aquello que la había hecho ser quien fue. Maniobraron con cuidado de no tropezar y se agacharon para depositarla despacio sobre la tierra húmeda, sin reparar en que ella no agradecería su delicadeza. Luego se apartaron un par de pasos para comprobar que habían calculado bien y el espacio era suficientemente profundo.

—¿Ya está?

—Todavía falta que tapemos el agujero.

—Sí, pero... ¿ya está? ¿La vamos a dejar ahí... sola?

Un denso silencio se abrió paso igual que lo hacía ya la luz de la mañana, deshaciendo la terca niebla con su tibieza. El que mantenía la compostura se agachó para coger una primera palada.

—¡Espera!

Antes de que pudiera continuar, el otro se arrodilló junto a la oquedad recién abierta y estiró su mano hasta que sus dedos rozaron el rostro azulado de Margarita. Acarició despacio el contorno de su pómulo izquierdo y continuó hasta dibujar la forma de sus labios. Hubiera querido besarlos, pero no se atrevió.

—Sigue —concedió al fin. Había terminado de despedirse.

Poco después tan solo se apreciaba la tierra removida, nada que hiciera sospechar lo que bajo ella se ocultaba. El más derrotado de aquellos dos hombres fue el primero en regresar al interior de la vivienda con los ojos empañados. El otro se rezagó unos pasos, lo que le permitió advertir que algo brillaba en el suelo. Él conocía bien aquel objeto. De un rápido vistazo se aseguró de que su compañero no lo veía y aprovechó para recogerlo.

Se permitió una débil sonrisa al acariciar el reloj de oro de Margarita, aunque el gesto se le torció tan pronto sus dedos tropezaron con la inscripción del interior de la saboneta. No necesitaba leerla para saber lo que decía:

*Solo el tiempo y mi amor por ti son eternos.*

Ella nunca se separaba de aquel reloj, que acostumbraba a llevar colgado del cuello a modo de amuleto con una fina cadena. Debía de habersele caído al moverla y a él le pareció que había sido cosa del destino. Se lo guardó con disimulo sin importarle que esa fuera la única prueba que lo comprometiera después de lo ocurrido aquella nefasta noche.

## Capítulo 1

Como cada mañana, Aurora se despidió de su padre con un beso rápido y leve, de los que evidencian cotidianidad y cariño a partes iguales, para después dejarlo enfrascado en el terco avance de las manillas del Junghans con marquetería y péndulo de latón repujado al que estaba reparando las sonerías.

Benigno Robles era relojero de profesión además de vocación, heredada esta de su padre y de su abuelo, como suele ocurrir en las familias en las que los legados están hechos de sueños y no de tierras. Había instalado un diminuto taller en su propia casa, apenas el hueco bajo la escalera que comunicaba las habitaciones del primer piso con la planta baja, que él mantenía siempre pulcro y ordenando aduciendo que la única manera de no extraviar nada en tan reducido espacio era conservar siempre cada cosa en su lugar. Allí se sentaba Benigno bien temprano, en el taburete desgastado que le cedieron sus antepasados junto con el amor por su oficio, protegido por un guardapolvo de color pardo y encorvado sobre su banco de trabajo en el que reposaban tenazas, destornilladores, agujas y punzones. Era su refugio, donde siempre se había sentido feliz. O casi siempre.

Al hacer memoria, Aurora Robles reconocía que su existencia había estado marcada por el ir y venir de las agujas y los péndulos. Ya desde el interior del vientre de su madre la habían acompañado los compases del tiempo y, una vez llegada al mundo, estos la sostuvieron en sus primeros pasos, incluso sus primeras palabras encontraron la forma de acoplarse al tono en sordina de los segundos. Siendo niña aprendió a intuir la cadencia con que corren las horas dentro de las esferas de los relojes, siempre con algún tictac de fondo o varios sonando a la vez entremezclados en un estrépito ahogado, olvidado el verdadero silencio por no haberlo conocido nunca.

—Fíjate bien, hija mía. Si escuchas con atención verás que suenan igual que nuestros latidos.

Aurora era la primera de las tres hijas del relojero y ese mismo año de 1936 había comenzado sus estudios de matrona. Acudía a clase sin disimular una sonrisa, con su vestido, limpio y bien planchado, tan impecable como su padre mantenía el taller. En cambio a su hermana Estrella, la mayor de las mellizas, le corría por las venas el gusto de manipular las entrañas del tiempo. Las sudorosas y vociferantes parturientas no le interesaban lo más mínimo. Ella tenía otro carácter, retraído e incluso algo huraño, que casaba a la perfección con las interminables horas de soledad que brindaban los relojes destripados. Estrella además era terca, tanto que consiguió convencer a su padre para que instalara a su lado otra banqueta en la que se sentaba por las tardes al regreso de sus clases de Bachiller. La única que todavía no había demostrado impaciencia a la hora de afrontar su

futuro era la menor de las mellizas, Rocío, que seguía tan apacible y dócil como siempre.

Lo que ni Aurora ni sus hermanas llegaban a imaginar era el miedo que atenazaba a Benigno Robles. Sus tres hijas le proporcionaban el impulso necesario para que el corazón siguiera latiendo en la cavidad de su pecho, no tenía más motivo para estar vivo que no fueran ellas, ni siquiera sus relojes. Y era al detenerse a pensar en la responsabilidad que cargaban sus hombros, en esas muchachas a punto de convertirse en mujeres, cuando le abrumaba la ausencia de Margarita. Le faltaba su apoyo, su consejo, su oído atento a las constantes inquietudes juveniles y sus brazos dispuestos al consuelo ante los inevitables desencantos. Margarita había sido los cimientos sobre los que Benigno lo había construido todo y, al desmoronarse hasta la última piedra, a menudo sentía que le faltaban las fuerzas para seguir manteniendo su vida en pie.

Por eso Benigno procuraba no pensar en ella más que al final del día, cuando había terminado de dar cuerda a todos los relojes, las chicas habían vuelto a casa, y habían cenado uno los guisos que preparaba la señora Faustina en torno a la desgastada mesa de la cocina. Solo al meterse en la cama por el lado izquierdo y sentir el inmenso vacío del derecho, se dejaba arrullar por los recuerdos. Solía dormirse vencido por la melancolía, añorando un calor y un olor que, por más que se esforzara, jamás encontraría al otro extremo de las sábanas.

Aunque Benigno no era el único que se dormía envuelto en recuerdos como si de un embozo se tratase.

Cada noche, después de que la señora Faustina terminara de recoger la cocina, cuando la casa se abandonaba a un reposo quebrado solo por los locuaces tictacs que se escapaban traviosos del taller, Aurora se sumía en la congoja que le provocaba no ser capaz de recordar la voz de su madre ni la calidez de sus abrazos. Durante años había aguardado su regreso, como si por creerlo con firmeza pudiera conseguir que acabara ocurriendo. Pero no fue así. Su madre no había vuelto y a ella no le había quedado más remedio que aceptar que nunca lo haría, del mismo modo que los interrogantes tampoco dejarían de asfixiarla. A veces, por unos instantes, deseaba tener una tumba que visitar con flores los domingos. Porque no saber era, sin duda, lo más difícil de todo. La muerte podía ser terrible, pero la incertidumbre era incluso peor.

Aurora hubiera dado cualquier cosa a cambio de volver atrás en el tiempo y poder contemplar a su madre una vez más y, quizá, si reunía el valor suficiente, preguntarle cómo podía haberles abandonado. Pero si los imposibles reciben ese nombre es, precisamente, por ser imposibles. De su padre había aprendido que las saetas nunca deshacían el camino recorrido en el interior de las esferas. Así pues, una vez asumido que a ella de nada le servía medirlo si no conseguía hacerlo retroceder, decidió olvidarse del tiempo y de los relojes para convertirse en mastrona.

No obstante, padre e hija no solo compartían sin saberlo la angustia por la ausencia, también les hostigaba un mal presentimiento por los tiempos que corrían.

El inicio del siglo xx había iluminado Alicante. Su posición a orillas del apacible mar Mediterráneo le otorgaba el privilegio de un clima manso en el que el sol rara vez dejaba de acudir puntual a su cita. El olor a salitre se extendía por los rincones gracias a la misma brisa de levante que permitía a las gaviotas levitar entre graznidos gozosos con los que se burlaban de quienes debían conformarse con caminar a ras del suelo. La ciudad, tan deslumbrante como sus cielos, por fin se había liberado de unas murallas medievales pensadas para protegerla de los ataques y asedios que había sufrido desde la bahía del puerto a lo largo de la historia, pero que ya en tiempos de paz y modernidad solo servían para aprisionarla. Exenta al fin de su corsé de piedra, se expandió en un rápido crecimiento urbanístico necesario para albergar el imparable aumento demográfico.

El carácter alegre y bullicioso de los alicantinos llenaba los cafés, con sus terrazas entoldadas asomadas al Paseo de los Mártires, construido sobre terreno ganado al mar justo frente al puerto con forma de cangrejo por sus dos espigones como pinzas con las que abrazar el Mediterráneo. El mismo jolgorio desenfadado se podía encontrar en el Campo de la Viña, el estadio de fútbol donde animar al Natación y al Hércules a voz en grito los domingos. Tampoco escaseaban los eventos en los que aprovechar para lucir trajes de buen corte, sugerentes vestidos a la moda, pañuelos perfumados y peinados favorecedores, como la verbena con tómbola en beneficio de la Gota de Leche, que cada verano embellecía más todavía los Jardines de Ramiro vistiéndolos de guirnaldas y farolillos.

Por un donativo de cinco pesetas los caballeros y tres las señoras, se podía disfrutar de una velada inolvidable mientras en el aire flotaban las notas de la música a cargo de la orquesta entremezcladas con el olor a jazmín, para deleite de las parejas que bailaban agarradas. O las anheladas Fogueres de Sant Joan, para las que se nombraba en cada barrio una «Bellea del Foc», que de inmediato se convertía en la envidia del resto de jovencitas. Esa noche mágica se prendía fuego a las vistosas esculturas que hasta entonces se habían expuesto en plena calle para disfrute de los vecinos, mientras que los petardos daban algún que otro susto a los más incautos.

Sin embargo, no hay luces sin sombras. De hecho, cuanto más relucen las primeras, más alargadas son las segundas. Alicante resplandecía sin sospechar que ese brillo despreocupado sería su condena, la misma que acabaría por sumirla en la oscuridad más profunda que jamás hubiera conocido. Por eso Aurora Robles no hizo preguntas el día en que, antes de irse a dormir, Benigno cerró por primera vez con llave una puerta de entrada que nunca antes necesitó de cerrojo.

En el verano de 1936, a la par que la tensión política, habían aumentado las temperaturas hasta casi asfixiar a la población sin ofrecer respiro. Esa mañana, harta de dar vueltas en la cama húmeda de sudor que compartía con las mellizas, una desvelada Aurora decidió levantarse antes del amanecer.

A pesar de ser sábado no le sorprendió encontrar a su padre ya acomodado en el taller, con las lentes en equilibrio sobre la punta de la nariz y los filamentos de una

bombilla centelleando sobre su cabeza, donde el cabello seguía siendo abundante, aunque ya empezaba a encanecer a la altura de las sienes. Tampoco necesitó preguntar para saber que habría olvidado desayunar. Solía ocurrirle a menudo, sobre todo cuando un encargo suponía un reto, y aquel precioso Dogma con caja de acero reluciente pero el segundero trastornado prometía ser uno apasionante.

—Buenos días, padre —dijo al tiempo que el olor familiar de la bencina con la que limpiaba algunas de las piezas metálicas le cosquilleaba en la nariz.

Aurora aprovechó para acercarle un par de rosquillas de anís compradas en la confitería Seguí de la calle Castaños, y esbozó una sonrisa al comprobar cómo su padre desviaba la vista hacia el pequeño plato de loza de Manises. No las había mejores en Alicante y sabía que ni siquiera un Dogma destripado podría competir con semejante tentación.

—¿Iréis hoy a daros un baño de mar? —preguntó Benigno masticando con placer una de aquellas delicias recubiertas de azúcar que se desmenuzaban en la boca.

El relojero se refería a los balnearios construidos sobre las aguas del Postiguet, frente al paseo de Gomis. Al comienzo de la temporada estival les había regalado un bono de baño en el Alhambra, el favorito de sus hijas por su fascinante arquitectura. Sus columnas de hierro, levantadas sobre profundos cimientos de mampostería hidráulica, conseguían el efecto de que las galerías y salones flotaban sobre el agua como por arte de magia. Una entrada a modo de puente, elevada sobre pilastras para

salvar la arena, permitía admirar una fastuosa fachada adornada con motivos moriscos que invitaba a los visitantes a sumergirse en uno de los cuentos de *Las mil y una noches*. Desde allí se accedía al amplio salón central del restaurante en el que permitirse un festín de pescado fresco. Tampoco faltaban los tratamientos terapéuticos, como los de algas, con los que aplacar reumas y otras dolencias. Al fondo, justo al acabar la terraza exterior con sillones de mimbre, unas escaleras permitían el acceso directo al mar. Allí las mujeres contaban con maromas anudadas a la estructura a las que asirse para mayor comodidad, mientras que los hombres por lo general preferían bracear libremente o saltar desde las barcas que iban y venían formando un vocerío alborotado.

Acudir a los balnearios suponía un buen remedio para el sofocante verano alicantino, tanto si se optaba por tomar un baño de mar como si se prefería observar acodado en la barandilla de madera de las galerías laterales la eterna algarabía de quienes chapoteaban felices un par de metros más abajo.

—Seguro que a Rocío le encanta la idea, está deseando presumir del traje de baño que encargó por su cumpleaños en los almacenes El Águila —respondió Aurora de pie junto a su padre, aludiendo al espléndido comercio de la calle Altamira frecuentado tanto por señoras como por caballeros en busca de cualquier capricho—. Y Estrella..., bueno, haré todo lo posible por convencerla —suspiró, consciente de que no sería sencillo apartar a su hermana de los relojes ni por un solo día, y menos ahora que estrenaba el destornillador de

puntas intercambiables que le habían regalado por sus quince años.

En su camino de vuelta a la cocina, Aurora recogió su ondulada melena castaña con ayuda de unas horquillas. La suya era una casa con luminosas paredes blancas y suelos de baldosas de barro cocido. El relojero la había comprado poco antes de su boda con Margarita y, gracias a su buen hacer y a las recomendaciones que corrían de boca en boca, pudo permitirse mantener a su familia en ella sin que conocieran estrechez alguna. La puerta de entrada, de una sola hoja pintada de azul añil, se encontraba en el lado derecho de la fachada y se abría a un largo pasillo por donde ascendían unas escaleras con barandilla de hierro forjado que daban acceso a la segunda planta. Bajo estas se encontraba el taller, y frente a él, a mano izquierda, los dormitorios: primero el de Benigno, con ventana a la calle, y a continuación el de las tres hermanas, que era interior pero para ventilarse contaba con un ventanuco abatible que daba directo a lo alto de la alacena de la cocina, por lo que de vez en cuando se les colaba dentro el aroma de la cebolla, la pimienta y las ñoras secas. A ella no le importaba, pero su hermana Rocío tenía una nariz mucho más sensible a los olores. Por eso la menor de las Robles se acercaba con frecuencia hasta los pies del monte Benacantil y arrancaba unos ramilletes de romero que luego repartía por los cajones y recovecos del cuarto.

Al fondo del pasillo estaba la cocina, una estancia amplia que ocupaba el ancho completo de la casa y que funcionaba como su verdadero corazón. Allí encendió Au-

rorra la flamante radio Askar 45 de seis válvulas que habían adquirido a plazos recientemente, sin subir mucho el volumen para no molestar, y se asomó al patio interior. La recibió el parterre a rebosar de margaritas de colores, blanco, amarillo e incluso violeta, que florecían con descaro gracias a los esmerados cuidados de la señora Faustina. Sin duda, aquel era un delicioso rincón en esos instantes previos a la salida del sol.

Con la voz de Imperio Argentina de fondo entonando *El día que nací yo*, se arremangó junto al barreño de zinc, hundió en el agua tibia unas manos de dedos largos y delicados y empezó a frotar el cuello de su vestido preferido, que había dejado a remojo con azulete antes de acostarse, pues tenía la intención de llevarlo el domingo para acompañar a su padre y sus hermanas a tomar un refresco en el coqueto quiosco Monumental de la plaza de la Constitución.

Para cuando el cielo clareaba y la mañana perdía la última ilusión de frescor, unas molestas interferencias seguidas de una repentina subida en el volumen de la radio la obligaron a volverse. Descubrió a su padre junto al aparato, con la mano detenida sobre la rueda que él mismo había girado para que la voz masculina que se escapaba por el altavoz anunciara, alto y claro, que la vida ya no sería la misma para ninguno de ellos.

Le pareció que la figura recia del relojero, de torso compacto y piernas levemente arqueadas, menguaba con cada una de las palabras enlatadas que informaban de la desgracia que se les venía encima. Aurora escuchó, inmóvil y en silencio, la noticia de un levantamiento mili-

tar que sobrecogió al país entero. Y supo con total certeza que, tras el terrible anuncio, ni los baños en el balneario, ni los vestidos a remojo en el barreño de zinc en un patio repleto de margaritas importaban ya.

Aquel era el momento que tanto había temido. A partir de entonces la incertidumbre sería su único sostén y el miedo su única verdad.

La guerra había llegado.